

tos mil, imponiendo á los colonos la obligacion de no admitir a un solo irlandés en su territorio. Los que habian sido desposeidos tuvieron que refugiarse en los bosques, permaneciendo de esta manera separados del lugar de su origen y creencia. Los vecinos de Lóndres fundaron entonces á Londonderry, donde se estableció el puritanismo. Cuando ya no hubo más tierras de que apoderarse, Jacobo I, tirano sofisticado, recurrió á un nuevo expediente para despojar á los irlandeses: inventó la estratagemata de obligarlos á probar legalmente su derecho de propiedad ó á restituir á la Corona los bienes que poseian. Una nube de procuradores cayó entonces sobre la Irlanda, donde los atraía la promesa de participar del botin; y como después de tantos años de guerras se habian perdido muchos títulos, no hubo ninguna propiedad segura. Las que se arrebatában á los poseedores que no podían dar las pruebas pedidas enriquecieron á los protestantes.

Los católicos esperaban que la proteccion de Enriquetta les proporcionaria al menos el restablecimiento de su culto; pero Carlos I no sabia fijarse francamente en ningun partido y renovó contra el Connaught, aun intacto, los expedientes de su predecesor. Strafford, á quien habia enviado en calidad de virey con soldados y leguleyos, hizo declarar que el rey era el único propietario, pues todos los demás no poseian sino en virtud de una concesion emanada de él. En vano decidió el jurado en sentido contrario; Strafford castigó al jurado y al schérif para enseñar docilidad á los demás. Considerando, pues, todos los derechos como usurpados al gobierno, se dedicó á limitarlos; y despótico en sus opiniones, hábil en los medios de ejecucion, supo sacar de Irlanda subsidios para el rey, pero aunque oprimiendo, procuraba al pais tranquilidad, industria, comercio y una buena administracion.

El momento en que Carlos sucumbia, conoció la necesidad de ganar el afecto de los irlandeses, é hizo justicia á sus agravios; pero pronto ocurrió el largo parlamento, que fué entonces el verdadero rey. Las hostilidades entre la Escocia y la Inglaterra parecieron á los irlandeses una ocasion favorable para recobrar su libertad. En su consecuencia, multiplicaron en su parlamento las ordenanzas destinadas á disminuir el poder real. Pero los antiguos irlandeses y los nuevos estaban muy divididos en sus intereses. Si los primeros querian restablecer su independencia, los segundos temian perder bienes mal adquiridos; si los unos pedian la religion de sus padres, los demás ardientes puritanos no trataban más que de destruir el episcopado.

No pudiendo los jóvenes que se destinaban al sacerdocio hacer su educacion en la isla, eran enviados á Italia y á España, donde adquirian una elevada idea del poder papal, y grande afecto á su culto exterior que trasmitian después á sus ovejas. Añádase á esto que los potentados extranjeros, hostiles á la Inglaterra, alimentaban en aquella

poblacion esperanzas de socorros: tal vez los mismos ingleses fomentaban el descontento con la idea de enriquecerse con las confiscaciones que seguian á la rebelion.

Un hidalgo llamado Roberto Moore de Ballynagh, propietario en otro tiempo de extensos dominios que veia entonces divididos entre colonos ingleses, se entendió con otros antiguos jefes de la isla para atacar en la misma hora á todos los extranjeros, y hacerse dueños del fuerte de Dublin, que contenia armas para doce mil combatientes. En el mismo momento en que los anglo-irlandeses dirigian nuevas pretensiones á Carlos, que pensó para ponerse en guardia contra ellos, ocupar aquel mismo fuerte de Dublin, convencido del odio de los católicos á los puritanos, trató secretamente con ellos para que empuñasen las armas. Aprovechando una circunstancia que se presentaba tan á tiempo, se sublevaron, en efecto, y en la impetuosidad de su cólera asesinaron á los ingleses en número de cuarenta mil, segun unos, de doscientos mil, segun otros; las casas fueron incendiadas y hasta el ganado estermiado. Los temibles hombres del clan del Ulster, que obedecian á sir Phelim O' Nial, se señalaron entre todos por su ferocidad (7).

Demasiado tarde conoció Moore que es más fácil verificar sublevaciones que dirigir las. Se preparó, sin embargo, con los demás jefes, á sostenerse vigorosamente, declarando al gobierno que habia empuñado las armas para revindicar sus derechos, la libertad de conciencia y la igualdad con los ingleses. Formóse una asociacion nacional con este objeto, y todos los irlandeses juraron armarse en defensa del rey, de la religion y de sus derechos.

Carlos reclamó del parlamento los medios necesarios para castigar y reprimir á los rebeldes; pero los Comunes hicieron circular la noticia de que él mismo era autor ó cómplice de la rebelion; y tal vez tambien los mismos insurrectos fomentaron esta opinion con el único objeto de justificarse. El parlamento redactó un *manifesto* muy vehemente sobre los males del reino, que recapituló exagerándolos, y suponiendo la existencia de una tenebrosa trama contra la constitucion, entre los papistas y jesuitas. En su consecuencia, los Comunes pidieron que se escluyese á los obispos del parlamento, se aboliesen las ceremonias del culto, y que todos los ciudadanos profesasen uno solo. Estas peticiones encontraron eco en las pasiones del vulgo, que se armó para defender el parlamento á quien nadie

(7) Esta es la relacion de los historiadores ingleses; pero la union entre Carlos y los irlandeses nos parece una novela. Con respecto al número de las víctimas, Lingardo dijo (*Historia de Inglaterra*, t. X, nota A): que los insurrectos querian echar y no asesinar á los colonos; que la matanza estaba muy distante de ser tan horrible, y que no fué concertada. O'Connell dió otras pruebas en su *Memoria sobre la Irlanda*. Lóndres, 1843, *Observaciones* al c. III.

amenazaba; los caballeros hicieron otro tanto para proteger al rey, cuya seguridad podia verse comprometida; y se designó á los unos con el nombre de cabezas redondas (*roundheads*), y á los otros con el de caballeros. Tanto unos como otros querian la libertad; pero éstos creian que negar los impuestos, la responsabilidad de los ministros y la convocacion del parlamento cada tres años bastaba para poner un freno á los abusos: aquéllos trataban además de dar á la cámara el mando del ejército, el nombramiento de oficiales, de los consejeros de la corona y de los funcionarios encargados de administrar la justicia.

Todos por lo demás estaban conformes en odiar á la reina, y se hablaba en voz baja de acusarla. Pidió entonces un asilo en Francia, pero Richelieu le contestó: «En semejantes circunstancias quien abandona su lugar lo pierde.» En su consecuencia, Carlos I intentó por ella uno de esos actos de valor que salvan las revoluciones, pero sólo á los que no han comenzado mostrando miedo: este fué el acusar él mismo de lesa majestad á algunos jefes republicanos. Se presentó en el parlamento y pidió su arresto. Sorprendida la asamblea, se prorogó; pero declarando que el rey habia violado sus privilegios, pidió satisfaccion y llamó al pueblo bajo á las armas (1642). Carlos que habia salido de Lóndres, donde triunfaban los republicanos, se humilló de nuevo y lo concedió todo, al mismo tiempo que solicitaba socorros del extranjero.

Alegando el parlamento tramas de los papistas, pidió un cuerpo de tropas para su defensa, y sin inquietarse por la negativa de Carlos, desconoció los principios de un gobierno constitucional, atribuyéndose el derecho de reclutar un ejército; medida que justificó pretextando la necesidad de defenderse de las tramas que preparaba, decian, el rey para cambiar la religion. Tomó á su servicio las tropas reunidas para marchar contra Irlanda, y todos á porfia le ofrecian la mayor cantidad de oro que podian (8).

Resuelto Carlos á hacer lealmente la guerra, desplegó en Nottingham la bandera real, proclamando que no tenia otro objeto que sostener la religion protestante, gobernar segun las leyes, y ejecutar las decisiones del parlamento. Casi todos los pares acudieron en su auxilio, como tambien los

(8) «No se puede creer la cantidad de vajilla llevada á la tesoreria en el término de diez dias. No habia bastante gente para recibirla ni local donde colocarla. La multitud de los que la entregaban era tanta, que aun después de dos dias muchos esperaban los descargasen de sus sediciosas ofrendas.» CLARENDON, *Hist. de la rebelion*.

«Los predicadores produjeron tal efecto, que pobres mujeres llevaban sus anillos nupciales, los alfileres de oro y plata de la cabeza.» *Memorias de WHITELOCKE*.

«No sólo ricos vecinos y caballeros de Lóndres presentaban grandes bolsijas y vasillos, sino los más pobres, como la viuda del Evangelio, presentaban su óbolo.» THOMAS NAY, *Historia del Largo parlamento*.

caballeros, los episcopales y los católicos; personas ricas, de opulencia, de crédito, de la alta sociedad, pero la totalidad de la nacion, los grandes propietarios y los hombres más enérgicos adoptaron el partido del parlamento, que tuvo, además, la escuadra que interceptaba los socorros del extranjero. Lejos de atemorizarse el parlamento, decretó que el rey no podia poner veto á las leyes votadas por la cámara; que el mando de las tropas no correspondia al rey esencialmente, y que no se levantasen los ejércitos en nombre de éste, sino en el del parlamento. Este se hallaba armado, y resolvió por gran mayoría la guerra contra los realistas, dando el mando al conde de Essex y la mision de llevar al rey á Lóndres, sacándole del lado de sus pérdidas consejeros.

En este estado, propuso el parlamento á los escoceses reunir las dos naciones, y el sínodo que las dirigia en aquella anarquia religiosa aceptó la oferta, á condicion que ambas iglesias no formaran más que una. Formóse, pues, un convenio que producía la destruccion del episcopado, y que pronto fué seguido de una *liga de socorros fraternales*, en virtud de la cual los escoceses enviaron veinte mil combatientes. Carlos publicaba prohibiciones y protestas; dirigió, además, á los miembros de ambas cámaras, que habian permanecido fieles, una invitacion para ir á tomar asiento en Oxford, adonde él se habia retirado. Reuniéronse en este punto ciento setenta y cinco miembros de la cámara Baja y ochenta y tres de la de los Lores, que hicieron todo lo posible para calmar el encarnizamiento de sus colegas é inspirarles sentimientos de paz; pero esto pareció un procedimiento *papal y jesuítico* y mutuamente se acusaron de lesa majestad. Ambos partidos pensaron en procurarse dinero; y entre los diferentes medios que se emplearon figuró el *exciso*, impuesto nuevo sobre las bebidas espirituosas, el aceite, los higos, el azúcar, las pasas, la pimienta, la sal y el tabaco, la seda, el jabon y la carne. Continuó después como ha sucedido con otras tantas invenciones revolucionarias. Aun hubo otra, y fué la de imponer un dia de ayuno á la semana á los habitantes de Lóndres, mandando que su importe se entregase al tesoro.

Los independientes.—Comenzó entonces á manifestarse una faccion que hasta entonces se habia disfrazado bajo el ancho sombrero de los presbiterianos. Ya en tiempo de Isabel, Roberto Brown habia predicado que siendo viciosos los ministros é idólatra el culto de la iglesia anglicana, el único medio de salvacion era separarse de él. Desechaba toda categoria, toda diferencia entre los eclesiásticos y los seglares; no admitia forma exterior, símbolo ni disciplina, en atencion á que, segun él, bastaba la comunicacion con el Espíritu Santo, que todos podian obtener con la oracion. Tanto los brownianos como los anabaptistas fueron perseguidos por los mismos que en otro tiempo maldecian con ellos los sufrimientos comunes; pero el nuevo movimiento aumentó su importancia: ya se

había obtenido la reforma política legal, y remediado los abusos; aun quedaba la reforma religiosa, que, precisada á unirse á la primera, era, en consecuencia, vacilante y poco lógica, en atención á ser odiados los encargados de los negocios políticos. Se comenzó por preguntar porqué se habían de sufrir, en materia de fe, trabas que no se admitían en política: con qué derecho se había de pretender doblegar las conciencias al yugo de una unidad que era mentira; sostívose que toda congregación de fieles constituía una iglesia legítima, y que ningun poder podía pretender ejercer autoridad sobre ella, pues toda religión consiste en la libre é inmediata comunicacion de cada individuo con la divinidad.

Por esto los brownianos tomaron el nombre de *independientes*. Profesaban el dogma supremo de Lutero, de que todo cristiano recibía con el bautismo el sacerdocio, de modo que no necesitaba sacerdotes ni superiores. Por la independencia nacional se había abjurado del papado; por la independencia clerical, de la autoridad de los obispos; ahora por la independencia individual se abolía el sacerdocio. Se había llevado á cabo la primera revolución por los príncipes, con el pretexto de dar libertad á los pueblos; la otra fué debida á los teólogos calvinistas en nombre de la igualdad, dejando, sin embargo, subsistente la diferencia entre los ministros y los fieles; de este modo la lógica sacó su última consecuencia, y llegó hasta la libertad del individuo.

De la misma manera nació el dogma de la libertad de conciencia aplicado á todas las creencias, excepto la católica (9), dogma que pareció impedir al fanatismo dominante, el cual investigaba sólo por quién debía ser gobernada la Iglesia entre el poder absoluto del papa, la aristocracia de los obispos y la democracia presbiteriana. Pero los debates se animaban, las creencias se conmovían, y ya no hubo límites. Ya no se quería el estado legal de la antigua Inglaterra; rechazábase la escuela holandesa, inglesa y genovesa; y como no se admitía tampoco ningun límite al pensamiento ni á las exigencias, se creía poder someterlo todo al razonamiento y á la voluntad del hombre. Después de haber sacudido el yugo de Roma, ¿por qué aceptar el de los obispos? ¿Con qué derecho formaba el clero un cuerpo rico y privilegiado? ¿Por qué dejarles otra cosa que los medios de persuasión, la enseñanza y la oración? ¿No podía Dios conferir sus dones á quien quisiera?

En su consecuencia, nada de dogma fijo, ceremonias, ni sacerdotes. Después de haber suprimido el orden sacerdotal, como un privilegio, los independientes reducían el culto á la comunicacion con el Espíritu Santo; mezcla de la sencillez de

(9) Bailly hace notar con horror que algunos sostenían que tenían derecho á tolerancia hasta los católicos, II, 17, 18, 45, 61...

los primeros cristianos, de la refinada exaltación de los quietistas, y de la ferocidad inspirada por la fe.

Aquella sencilla y vigorosa doctrina evitaba la inconsecuencia á los ánimos firmes y la hipocresía á los corazones sinceros; respondía además á las necesidades de Inglaterra, que se encontraba en uno de aquellos momentos en que el hombre concibe la sublime ambición de no obedecer más que á la verdad pura, y el loco orgullo de atribuir los derechos que se derivan de esta fuente á su propia opinion.

Estas ideas influyeron, como debía suceder, en la política; los independientes se propusieron libertar á sus conciudadanos de la tierra de Egipto, es decir, de la monarquía, y establecer una igualdad absoluta de clases, conformándose en todo á la voluntad de Dios y á la de la Biblia, interpretada segun el sentimiento de cada uno. Este era un partido informe compuesto de entusiastas, filósofos y libertinos; pero bastante vigoroso para dar la victoria, á pesar de los errores de las gentes de buena fe y de los vicios de los hombres perversos; de que útilmente podía servirse un ambicioso capaz de reunir los ánimos en una tolerancia general.

Cromwell, n. 1599.—En las filas de este partido se encontraba el coronel Oliverio Cromwell, hombre de noble nacimiento, educado con austeridad, y uniendo á una modesta energía una ardiente imaginación. Puso en práctica la igualdad tratando hasta á los más ínfimos como iguales; se expresaba con frases de la Escritura, y sus actos tenían algo de trivial y exaltado. Su vestido, que era descuidado, su voz chillona y sus modales rústicos le hacían ridículo; no atraía la atención sino por una elocuencia de inspirado, llena de citas bíblicas, lo que hacía muy popular su dición incierta y sin experiencia. Las medidas á medias de los calvinistas, que querían sustituir la iglesia presbiteriana á la anglicana, las asambleas sinodales al episcopado le parecieron impropias para excitar entusiasmo que asegura el triunfo. Proclamó, pues, la libertad de conciencia, la independencia absoluta de la persona humana, la inspiración directa, sin mediación de iglesia ni sacerdotes. Insuficiente en los debates parlamentarios, conoció que se abría para él gran carrera cuando al derecho histórico sucedió el reinado de la voluntad y de la audacia, y se trasladó la discusión al campo de batalla. Un regimiento de mil caballeros *que tenían á la vista el temor del Señor*, es decir, que desechaban toda moderación, porque estaban persuadidos que peleaba por la causa de Dios, había adoptado el nombre de hermanos rojos. Este fué el plantel de los oficiales que el parlamento puso al frente de sus tropas. Cromwell, coronel de aquel regimiento, oraba y peleaba á su cabeza, acostumbrando á sus hombres á obrar en nombre del Señor, invocarle y entregarse á él, y se manifestaba afecto en cuerpo y alma á su partido.

Aclaremos, pues, las situaciones. El rey concentraba en sí la autoridad espiritual y el poder temporal, quedaba, pues, espuesto á los tiros de los que reclamaban la libertad política y de los que querían la libertad religiosa. Mas unieronse estos dos partidos, invocando los unos la política para sostener su fe, apoyándose los otros en la reforma popular, é inclinándose todos á la revolución, que fué el objeto de la fracción política y el medio de la religiosa.

No era, pues, como en la revolución francesa, un acontecimiento no preparado, fuera del cual se piden y obtienen cosas que no se hubieran obtenido de otra manera. Proseguíanse, por el contrario, ideas y obras comenzadas ya hacia cierto tiempo. El poder, de que se había abusado, fué declarado ilegítimo. Proclamóse la necesidad del libre consentimiento en materia de leyes é impuestos y el derecho de resistencia á mano armada. Pero todo esto existía en el derecho feudal, y la Iglesia lo había consignado ya por escrito en el IV concilio de Toledo. Con respecto á la destrucción de los privilegios, á la igualdad ante la ley, á la admisión de todos á los empleos, era lo que los reyes procuraban hacia mucho tiempo y lo que la Iglesia practicaba. Ya los nobles se habían resistido á las arbitrarias voluntades del rey; ya los monarcas habían atacado los privilegios aristocráticos (1643); y el clero proclamaba la igualdad: pero estos tres poderes, que juntos alternativamente habían dominado á la sociedad, perdían la importancia, y sustituyéndose el público á ellos, quería elegir á los jefes de la sociedad. No obstante, el largo parlamento creyó que bastaba verificar la reforma legal, y hacer volver á entrar, por medios que ofrecía la constitución, la soberanía del rey en los límites de la Carta Magna. Los Comunes no trataban hasta entonces más que de atraer á sí la preponderancia en el gobierno, que en efecto le concedía el derecho de votar las contribuciones, al paso que el rey pretendía también tenerla, fundándose en los ejemplos anteriores. Era, pues, preciso que un acto legislativo determinase el sentido de la constitución sobre este punto. De ninguna manera se trataba de derribar la constitución primitiva, sino por el contrario, se buscaba apoyo en las antiguas cartas; y los Comunes no se atrevían siquiera adoptar con osadía este partido porque no estaban seguros del apoyo de la nación.

Las matanzas de Irlanda parecieron advertir al pueblo que el gobierno era mal aconsejado é imprevisor, y darle el derecho de dirigir manifestaciones y criticar á los ministros, lo que determinó con más claridad la posición de ambos partidos. El más avanzado creyó en la necesidad de cambiar radicalmente el gobierno y hacer prevalecer la cámara de los Comunes, como representante del país; establecer, en suma, la soberanía del pueblo extendiendo al reino el gobierno de asambleas, fundamento de la iglesia presbiteriana.

Pero ni la reforma legal ni la política bastaban al tercer estado, que queriendo una reforma social se dirigía á trastornar el fondo y la forma de la constitución viciada, y á estender las atribuciones de la cámara de los Comunes hasta el nombramiento de los grandes empleos, sin cambiar el sistema electivo, ni la organización administrativa y judicial. Con respecto á la religión, como los de este partido la hacían consistir en la comunicacion libre de cada uno con Dios, hubieran debido unir el fanatismo á la tolerancia, si á lo menos se hubiera comprendido entonces este nombre. A esta fracción pertenecían los republicanos, las sectas religiosas entusiastas, y los siempre dispuestos á hacer fortuna. Sobrevivió á las demás, porque aspiraba á ideas más elevadas y generales. Al paso que los anglicanos renegaban del papa en nombre de la independencia nacional, los escoceses y los obispos lo hacían en nombre de la del clero, y ella llegaba á las últimas consecuencias de la reforma (1644) aboliendo hasta los sacerdotes en nombre de la independencia del hombre. Los ciudadanos de Inglaterra habían estado unidos hasta entonces con los calvinistas de Escocia para barrenar la autoridad del rey y de los obispos; pero si las complicaciones de una constitución son ininteligibles al pueblo, se le persuade fácilmente con la inspiración individual, y es capaz de todo por conquistar el paraíso. En las revoluciones la fuerza es tanto mayor cuanto más distante se encuentra el objeto á que se dirige.

Quando los independientes pudieron arrojar la máscara, procuraron retirar el ejército del poder de los presbiterianos. Al efecto, anunciaron un ayuno general, invocando el favor del cielo. Mientras duró, predicóse mucho (10) sobre los males de la guerra, la perfidia de los parlamentos egoístas y los generales que dilataban las cosas mientras la nación sufría. Suplicábase á Dios poner manos en la obra; y si los instrumentos empleados hasta entonces no eran capaces de verificarla, inspirar la elección de hombres más dignos. Al día siguiente, Enrique Vane, ardiente puritano, decía en el parlamento que la uniformidad de las quejas de tantos altos personajes no podía proceder sino de inspiración divina, y exhortaba á todos á hacer acto de abnegación personal, renunciando á los empleos lucrativos. Fué el primero en dar ejemplo. Cromwell en un discurso mezclado de teología, política, y locura pidió que los oficiales del ejército cedie-

(10) Bailly nos describe uno de aquellos ayunos al que asistió. Comenzó á las nueve de la mañana con una corta oración, después de la cual pronunció un ministro un sermón de dos horas; siguió otro de una; después se cantó un salmo, y enseguida otro ministro predicó otras dos horas, y luego otro una más. Cantóse de nuevo un salmo por variar; luego un sétimo ministro abrió la conferencia sobre la falta de entusiasmo y la necesidad de predicar contra las sectas; después la oración y la bendición, con lo cual llegó la noche.